

«ON PANTA» personaje quijotesco de Mariano Latorre

(Tomado del trabajo presentado al Concurso sobre *Influencia de Cervantes en Hispanomérica*, abierto por la Academia de la Lengua y el Círculo de Profesionales Hispánicos, y en el que obtuvo el primer premio).

Mariano Latorre, inspirado en Cervantes, ha dado vida en su hermosa novela ON PANTA, a un tipo quijotesco. Empero don Pantaleón Letelier (On Panta) es un hidalgo deformado, caricatura de don Alonso Quijano. Es una especie de esperpento, bien logrado como tal, que ilusamente vive en su mundo de fantasías y de sanchescas realidades, con un sentido de la honra, no fundado en la estirpe, sino en las hazañas de su abuelo, cazador de pumas, más famoso, a su juicio, que el mismo Tartarín.

La Mancha de las aventuras de su antepasado, fué la misma tierra anchurosa conquistada con argucias de ladino mestizo y que heredera On Panta, Tierras no secas como las manchegas recorridas por el Ingenioso Hidalgo y en las que el cielo se destaca en oposición a la monotonía del paisaje; son tierras maullinas con cerros y hondonadas en que hay vicio de robles, de pataguas, de boldos y madroños; tierras en cuyas quebradas y repechos hay rumor de agua y matorrales entre los que resuenan las cristalinas notas de las diucas mañaneras. Es en ese paisaje pintado por Latorre con la dulzura y encanto de un Murillo y al mismo tiempo con el vigor y realismo de un Goya, en donde la fantasía de On Panta choca con la ironía y con la mofa de los campesinos socarrones de Peñalquín. Y en verdad, la fantasía de On Panta hacía que viera (cual Don Quijote, enemigos ejércitos, en un rebaño de ovejas; gigantes, en molinos) pumas en cualquier lugar de los cerros costeros en los que la broma campesina dábele indicios de su presencia. Así explotaba esa gente

de elemental astucia, enemiga de toda autoridad, cual la picardía española, la debilidad mental, por no decir la locura del Subdelegado On Panta.

La intención paródica de Latorre ha sido admirablemente captada por el prologuista de la cuarta edición (1), el venezolano Mariano Picón Salas, quien, después de transcribir un fragmento de «On Panta», en el que su autor perfila la psicología de la gente y nos adentra en el paisaje, escenario de la acción—concédasenos citarlo—anota lo siguiente:

«Ese león que nunca se caza, pero cuyos rastros él sigue, es para *On Panta* su novela de caballería. Y el choque con una raza cazorra, con unos campesinos demasiado realistas que, a cuenta del león, se va comiendo y bebiendo los últimos haberes del descaecido hidalgo, es la tragedia del pequeño quijote maulino. El no tiene, como el gran Quijote, la vasta llanura donde extenderse sino los cerros replegados como el alma oscura de los campesinos mestizos, y los enredos del tinterillaje rural, y la tierra y la casa que se van destruyendo. Choque de razas y de sensibilidades, de cultura contra barbarie, de idealismo contra rutina, que ya aparecía en *Zurzulita*, pero que en esta historia de *On Panta*, adquiere significación de símbolo. Quizás Latorre haya descubierto casi subconscientemente—como todo artista— uno de los temas esenciales de la existencia americana. Los dos pueblos, las dos almas colectivas que pugnan por entenderse en el enigma y la esperanza de América. Al cambiar de latitud y al sufrir el contacto de una tierra y unos hombres que ya no son los de su raza, en un medio donde todavía no germina el espíritu, Don Quijote no puede ser sino *On Panta*».

Don Quijote al finar su vida tuvo lucidez de entendimiento y bien clara cuenta se dió de ello: «Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él

---

(1) Empresa Editora Zig-Zag, 1946.

me pusieron mi amarga y continuada leyenda de los detestables libros de caballería».

«Yo conozco sus disparates y sus embelecocos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma». A On Panta no nos lo pinta Latorre en lindero de morir, cuando cae destrozada su mentira, cuando de improvviso se esfuman sus ilusiones; cuando sus perros, soñando también como él, con presas nunca logradas, en vez de dar cuenta de un puma imposible o de un sagaz culpeo, se ensañan con el ridículo león embalsamado, sustentador de sus ficciones; cuando ve que el pobre pellejo apolillado, suelta el aserrín de su relleno.

«Ahí, sobre esos restos—comenta Latorre—ha muerto quizás el otro puma, hecho de frágil ensueño, que escogió su delirio como guarida. No sé por qué pienso que en esa trágica inmovilidad del anciano (alude al momento en que On Panta se queda clavado en su sitio contemplando los restos de su león) se incubaba una nueva conciencia, una chispa de comprensión que abrasará su demencia, purificándola».—ROBERTO VILCHES ACUÑA.



«LUZ EN SU TIERRA» de *Raúl González Labbé*

La Editorial rancaguina «Talamí» acaba de lanzar a la circulación una nueva obra del celebrado autor de «Chépica», Raúl González Labbé, quien ahora incursiona en el difícil género del ensayo, ofreciéndonos «Luz en su tierra». El título es evocador y sugerente. En 83 nutridas páginas, el autor nos ofrece un magnífico y certero mosaico de la vida, trayectoria y muerte del que fuera uno de los más grandes poetas de la última generación chilena: Oscar Castro Zúñiga.

Raúl González Labbé es tal vez la voz más autorizada para hablarnos del poeta desaparecido prematuramente. Fué uno